

GILDARDO MAGAÑA, REVOLUCIONARIO ZAPATISTA

LA SANGRIENTA LUCHA DEL SUR
Fructífera labor de Magaña en el Distrito Federal

POR FIN, EL DÍA DE LA UNIFICACIÓN
Magaña, sucesor de Zapata, aceptó unirse a Obregón
bajo promesa de respeto del ideal suriano

CAPÍTULO II

La vida de Gildardo Magaña en las montañas del sur está llena de episodios a veces trágicos, a veces cómicos. Muchos de ellos los escuché de sus propios labios.

No fueron esos episodios los de un guerrero. Magaña era hombre de lucha cívica, y si figuró en acciones guerreras, si sobre sus hombros llevó el más alto grado del ejército mexicano, no fue más que una comprobación de que había sabido defender sus ideas contra un enemigo que ofendía con las armas. En

El convencionismo

Magaña era un contrasentido lo napoleónico. En otro país que no hubiese sido México, otros hubiesen sido los medios de lucha del hombre; en México no había más que tomar las armas, no para hacer de las armas una carrera, sino un medio de conquista ciudadanas.

Y si la guerra civil mexicana dió numerosos generales, éstos no fueron signo de militarismo, sino de hombría, de admiración, de sacrificio.

2

Unido a los surianos desde el comienzo de la guerra, Magaña no solamente conoció las penalidades que ofrecían las montañas, sino también probó lo que era la prisión.

En 1912, desempeñando en la Ciudad de México una comisión de los rebeldes surianos, fue preso y llevado a la Penitenciaría del Distrito Federal. Fue una desgracia que el señor Madero no hubiese comprendido a los hombres del sur. Y es que el señor Madero sabía de los sufrimientos del corazón, y no de las penalidades del brazo. Tremolaba la bandera del espíritu; había olvidado la bandera de la carne; el hombre es espíritu y es carne.

Encontrándose en la penitenciaría, don Gildardo conoció a un hombre, que habría de ser tan singular figura en la guerra civil: Francisco Villa, y despertó en éste la ambición de aprender las letras; lo enseñó a leer. Y despertó también en Villa el deseo de penetrar en la historia mexicana, y lo llevó de la Conquista a la Independencia; de la Independencia a la República; de la República a la Reforma. Después lo acercó al sur: a la lucha de la conciencia, que es la de la libertad; a la batalla de la ciencia, que es la de la tierra.

Ondas huellas debieron haber hecho en Villa las enseñanzas de Magaña, pues siempre fue aliado del sur.

3

A los veinticuatro años, don Gildardo Magaña era gobernador del Distrito Federal. Los zapatistas habían llegado a la Ciudad de México; a la ensoberbecida ciudad, que vivía más cerca de Europa que de su país; que gustaba del rococó, despreciando lo gigante desgigantado en lo mexicano. Aunque parez-

José C. Valadés

ca paradoja: en 1910, la Ciudad de México, no era México. Por eso, una es la historia de la capital mexicana y otra la historia de la República Mexicana.

No supo la Ciudad de México de la existencia del país que le daba vida y ser, hasta que los hombres del norte y los del sur llamaron a sus puertas. ¡Qué serio reproche y qué duro castigo recibió entonces!

Había lanzado la Ciudad de México, por medio de sus libelistas, las más audaces calumnias sobre los rebeldes del sur. Una leyenda negra, que en parte hasta hoy perdura, se hizo de los hombres del sur. Los “vándalos” llamaban a los rebeldes surianos; “Atila” al jefe de los surianos.

¡Qué ajena estaba entonces la Ciudad de México de que pronto llegaría el día en que don Emiliano Zapata y sus soldados habrían de pisar sus calles y de penetrar a sus palacios! ¡Y qué ajena también de que uno de sus jóvenes zapatistas iba a realizar una acción ejemplar!

Al ocupar el gobierno del Distrito, don Gildardo Magaña descubrió que en la tesorería del Ayuntamiento de la Ciudad de México estaban depositados dos millones de pesos en plata. Era el tesoro de la egoísta ciudad. Don Gildardo pudo disponer de él para cubrir las necesidades de la guerra. No lo hizo. La plata pertenecía a los habitantes de la Ciudad de México, quienes, egoístas o no, eran mexicanos.

Antes de ser gobernador del Distrito Federal, don Gildardo había desempeñado una delicada comisión que le confiase don Emiliano Zapata. Fue esto en la aurora de los acontecimientos de 1913.

Don Emiliano, que no era soldado, pero sí era hombre; que no era culto, pero si intuitivo, descubrió en el joven Magaña esas virtudes que le adoraban: la sencillez, la serenidad; lo afectivo y lo humano; y lo hizo su primer representante ante los norteños. Don Gildardo Magaña fue al norte, llevando el mensaje de la fraternidad y el programa social del sur. Y en el norte habló con Villa, con Blanco, con Villarreal, y junto con éstos, fue soldado.

Triunfantes los rebeldes norteños en Monterrey, don Gildardo organizó un cuerpo de voluntarios al frente del cual reemprendió el viaje hacia el sur. Visitó de paso a los jefes revolucionarios Cedillo, Carrera Torres, Lucero, Azoara, y Martínez, llegando a Yautepec para informar de su misión a don Emiliano.

El convencionismo

Un año después de haber servido en el gobierno del Distrito Federal, don Gildardo era ministro de Gobernación del gobierno convencionista. Gobierno democrático y representativo para éste; pero ¿no acaso demasiado ingenuo en el torbellino de la guerra civil?

A Magaña no lo llevó al ministerio ni el favor del jefe, ni el interés del político. Don Gildardo había realizado en el gobierno del Distrito Federal una tarea de la que su modestia no le permitió hablar jamás; pero que hoy sirve para enaltecer su memoria. Fue él Magaña quien concedió las primeras dotaciones de tierra a los campesinos del Distrito Federal. Por eso le quisieron tanto y tanto los humildes labriegos de Xochimilco y de Milpa Alta; de la Villa de Guadalupe y de Iztacalco. Por eso siguieron, conmovidos, los restos de quien había sido amigo y compañero invariable.

Y no sólo dotó a los pueblos de tierras. También expidió una ley de tierras ociosas, que en la legislación posterior ha sido modelo, aunque sin que jamás se citara al autor.

A los días de triunfo del zapatismo, se siguieron días de grandes pruebas. Los rebeldes del sur no tuvieron sosiego. Perseguidos día y noche, bajaban con su bandera a los valles; subían con su bandera a las montañas. Continuaba la guerra civil.

Los surianos vieron sus casas incendiadas; sus campos destruidos. A veces parecían extinguirlos; pero el fuego de las convicciones y de deseos los hacía reaparecer en escena. Era una guerra terrible; pero los hombres del sur no sabían rendirse.

Y junto con la guerra, la peste asoló los campos del sur. Los hombres que seguían a don Emiliano caían, por cientos, víctimas de la influenza española.

Don Gildardo, quien tenía a su cargo el sector de los Volcanes, vio cómo la peste acababa con sus soldados. Él mismo cayó enfermo; junto con él sus mejores amigos y compañeros. No había ni médicos ni medicinas.

Hubo necesidad de que los enfermos fuesen transportados a los sitios más apartados de las montañas. Hasta allá los persiguió el enemigo. Don Gildardo

José C. Valadés

era conducido en una camilla improvisada con ramas de un lugar a otro lugar. Un día, todos los acompañantes de Magaña, a excepción de Félix –el fiel asistente que acompañó a Don Gildardo durante veinticinco años– cayeron enfermos.

Félix dormía al lado de su jefe; no tenía otra cosa que darle sino jugo de limón; estaba siempre en guardia dispuesto a defender, él sólo, a don Gildardo si el enemigo llegaba.

7

Pocos días antes de morir, don Gildardo me refirió algunos emocionantes episodios de vida de revolucionario.

Nos encontrábamos en el rancho de don Alfonso Gómez Morentín, en las faldas de los volcanes. Don Gildardo revivía los días de 1916 y 1917; con ese gusto con que recordaba los sacrificios de sus compañeros, poco a poco iba señalando los pueblos que se encuentran al pie de las nevadas crestas del Popocatépetl y del Iztaccíhuatl.

En una ocasión, el enemigo cargó sobre las fuerzas de don Gildardo cientos y cientos de soldados. Los zapatistas, reducidos en número por la persecución tenaz y por la peste, sin armas y sin municiones, retrocedían buscando camino, a través de las montañas, hacia el estado de Puebla.

Los zapatistas tenían que combatir día y noche; y en guerrillas daban sorpresas al enemigo, luchando, no pocas veces, cuerpo a cuerpo.

Peleando una madrugada, estaba don Gildardo parapetado en el tronco de un árbol, cuando sintió que la tierra se abría; rodó al precipicio, sufriendo una seria lesión orgánica que mucho contribuyó para que perdiese la vida a los cuarenta y ocho años.

8

No todos los hombres que luchaban en el sur tenían el corazón lo suficientemente grande para soportar los sufrimientos de la campaña.

Sobre los zapatistas, el enemigo había descargado a sus mejores soldados; y los jefes de éstos se acompañaban en una guerra sin cuartel. Ya no era pos-

El convencionismo

ble cultivar los campos al mismo tiempo que era necesario tomar el fusil. Las traiciones no se hicieron esperar. Aquellos en quienes don Emiliano llegara a tener confianza ciega, abandonaban el zapatismo, se unían al enemigo. Uno de éstos fue Domingo Arenas.

Pero Arenas no solamente se marchó al campo enemigo, sino que quiso jugar un papel indigno. Al efecto, invitó a don Gildardo a una conferencia, haciéndole creer que estaba arrepentido de haber abandonado al zapatismo y deseaba regresar a sus filas. Acudió don Gildardo a la cita; pero apenas se encontró frente al renegado, se dio cuenta de que éste le había puesto una celada. Reclamó don Gildardo el indigno proceder, al descubrir los propósitos de los hombres de Arenas. Trabose entonces una lucha de hombre a hombre. Don Gildardo salió con vida, Arenas quedó muerto.

Gravemente herido, don Gildardo logró llegar hasta donde estaban los suyos.

9

El enemigo no vaciló jamás en recurrir a todas las armas innobles, con tal de exterminar a don Emiliano y a sus hombres. Pero ni don Emiliano ni sus hombres, cedían. Era que estaban defendiendo sus tierras, sus libertades, sus vidas.

Una celada, sin embargo, hizo rodar por tierra a don Emiliano. El zapatismo parecía haber quedado herido de muerte. No fue así.

Meses antes del trágico fin de don Emiliano, éste había nombrado jefe de su cuartel general a don Gildardo Magaña. Don Emiliano había descubierto en aquel hombre de veintisiete años, que no había vacilado en abandonar su bienestar personal para vestir el calzón blanco, para tender la mano de amigo y de compañero a quienes luchaban por la tierra y para andar en las montañas con el fusil al hombro, al capaz de proseguir la lucha hasta llevarla al triunfo.

Y esa visión que tuvo don Emiliano del hombre, hizo que, a la muerte de aquél, los jefes zapatistas, reunidos en las montañas designaran a don Gildardo Magaña jefe del Ejército del Sur.

José C. Valadés

10

¡Qué heroísmo y qué fe no había influido don Emiliano Zapata en sus compañeros, cuando éstos, no obstante que no tenían delante de ellos más que una cadena de sufrimientos no titubearon en continuar la guerra!

De no haber sido por Magaña, por don Antonio Díaz Soto y Gama y por otros muchos combatientes del zapatismo, el ideal de la tierra hubiese quedado, quizás por muchos y muchos años, sepultado en México.

El zapatismo estaba casi destrozado; otro hombre que no hubiese tenido el carácter y la abnegación de don Gildardo Magaña, no habría continuado tremolando la bandera de “Tierra y Libertad.”

11

En los últimos días de 1919, el general Juan C. Zertuche se presentó en el campamento de Gildardo Magaña. Zertuche llevaba una misión: era el representante del general Obregón, y en nombre de éste –candidato a la presidencia de la República– iba a buscar una alianza con el zapatismo.

Don Gildardo fijo una única condición para unirse al obregonismo: la de que el general Obregón se comprometiese –triunfante que fuese el movimiento armado que estaba preparando– a cumplir con el programa agrario del que el zapatismo era cuerpo y era alma.

Obregón aceptó; y, en mayo de 1920, los zapatistas volvían a pisar las calles de la ciudad de México.

Casi diez años había durado la guerra en el sur; el zapatismo entregaba el fusil, pero no su ideal, que tan caro había sido a don Emiliano y a los compañeros de éste.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Opinión*, Los Ángeles, California, domingo 11 de febrero de 1940, año xiv, núm. 149, p. 1.